

Escritores Antioqueños de la Colonia

Por Carlos E. Mesa, C.M.F.

Hay que reconocer paladinamente que en el período de la Colonia, a lo largo de dos siglos, no existió la instrucción pública en el territorio de Antioquia y por eso fue exigua su contribución cultural. Para la población indígena, que fue escasa, no se contó con las lumbreras asiduas de civilización y de evangelio que en las regiones de Boyacá y Cundinamarca difundieron copiosamente las órdenes religiosas allí de asiento establecidas. De tarde en tarde, los misioneros transitaban por Antioquia como andariegos de Cristo, lanzando su pregón de verdades eternas, pero sin fijar morada ni levantar escuela. Correspondió a los sacerdotes seculares, no abundantes, enseñar a los muchachos criollos las letras, las cuentas y el catecismo, a tenor de las Constituciones Sinodales del Señor Fray Juan de los Barrios. Por donde vino a suceder en este rincón montañero lo que igualmente, siglos atrás, aconteciera en Europa: la cultura nació a la sombra y al arrimo de las iglesias.

El blanquerío, procedente de la península, avecindó en comarcas mineras. El dios oro acodiciaba familias, entretenía ingenios, movilizaba empresas. Para los dispersos colonos, en la soledumbre y en el aislamiento de estas montañas casi inaccesibles, no se suscitó la apatencia del estudio ni por eso mismo el ocio fecundo de las letras. El padre que de España o de Santa Fe había llegado medianamente leído y sabido, a boca de noche, en la intimidad hogareña, junto a la candelera o al velón tembloroso, enseñaba a sus hijos el silabeo y el deletreo sobre un libro de fojas grandes y de pastas apergaminadas. Y el arte de la escritura se ejercitaba con punteros de madera sobre hojas de plátano o de chagualo. Así, con tan primitivos instrumentos, ya entrado el siglo XIX, aprendió a escribir nadie menos que Manuel Uribe Angel, autor de tantas páginas doctas y bellas.

Tardíamente apareció en Antioquia la primera escuela. Solo en 1680, Don Pedro de Castro, previa comparencia ante el Cabildo de la Villa de la Candelaria, fundó una escuela con licencia de cobrar seis tomines de oro en polvo por cada aprendiz de lectura y un peso por cada uno de los alumnos contadores y escribientes. Para esa fecha San-

ta Fe de Bogotá cumplía un siglo de instituciones docentes y de gavillas literarias.

Los letrados de Antioquia, que en la Colonia florecieron, debieron emigrar de sus montañas para cultivarse el ingenio, se instruyeron en los colegios de Bogotá o de Popayán o fueron alumnos de órdenes religiosas provistas de acreditada tradición pedagógica.

Es previsible que en el paso de los días y mediante la porfía de los investigadores vayan saltando a luz algunos escritores coloniales que hoy se nos esconden en los archivos. No serán —opina uno con timidez— ni muchos ni excelentes en lo que atañe a cantidad y calidad de producciones. Pero algo nos van alumbrando esos intactos, esos avaros archivos. Tres escritores antioqueños de la Colonia quiero hoy presentar.

Sea el primero el Doctor Luis de Betancur y Figueroa, conocido por una simple referencia bibliográfica que no carece de incitación. Hay quienes lo hacen hijo de la ciudad minera de Remedios y quienes de la ciudad de Cáceres, en donde ciertamente nacieron otros hermanos suyos que ocuparon altos puestos en las órdenes religiosas. Hermano suyo fue el franciscano Fray Andrés de Betancur de quien refieren las crónicas que recibió la noticia de su nombramiento para obispo de La Concepción de Chile y mientras le venían las Bulas se retiró a la soledad de Bosa y allí, en incómoda celda, murió el 15 de agosto de 1666.

Don Luis fue alumno ilustre del Colegio de San Bartolomé y en la Universidad Javeriana alcanzó el grado de maestro en sagrada teología el 4 de julio de 1660. “Abrazó el estado eclesiástico y fue arcediano de la catedral de Quito, fiscal e inquisidor, visitador del arzobispado de Lima y canónigo de Badajoz. Procurador ante la Real Corte de Madrid de todas las Iglesias de las Indias Occidentales, cargo que le granjearon sus letras, inteligencia y patriotismo. Nombrósele inquisidor de Valencia y fiscal de la Inquisición en Canarias. Fue obispo electo de la catedral de Popayán, pero no aceptó”. Así Vergara en su “Historia de la Literatura en Nueva Granada” (I, cap. IV).

Escribió Don Luis de Betancur un libro que por su tema, su intención y la fecha en que se produjo entraña sin duda un valor de hombría y actitud: **Tratado de la preferencia que deben tener los que nacen en Indias, como patrimoniales, para ser proveídos en sus Iglesias y Oficios.**

Es, como se aprecia, un libro americanista. Una disertación que emparenta y enlaza con antiguas leyes de Castilla y con el **Memorial de Agravios** del prócer Camilo Torres. Cuando, el 2 de mayo 1771, el Cabildo de la ciudad de Méjico protestaba ante Su Majestad Católica de que se quisiera excluir a los españoles americanos de las mitras y primeras dignidades de la Iglesia, los firmantes del documento recurrían a la pragmática de Enrique III en las Cortes de Castilla de 1396 por la cual se prohibía la provisión de beneficios en quienes, aún siendo españoles, no fueran castellanos.

En esta lógica de la historia se afianzaba para su tesis el procurador Don Luis de Betancur. Parece —y quisiera equivocarme y que en seguida me desmintieran— que este **Tratado** no se encuentra en las bibliotecas colombianas. Buscarlo sería una incitante aventura; hallarlo, una granjería inestimable para las letras de Colombia y para la historia del americanismo.

No ya por simples referencias sino por sus frutos últimamente descubiertos conocemos a los jesuitas antioqueños Juan de Toro y Matías de Tapia. Según testimonios del historiador jesuita Juan Manuel Pacheco, el adelantado de las letras antioqueñas se llama Juan de Toro y Zapata, nació en Remedios, profesó en la Compañía de Jesús, publicó su primer escrito en Zaragoza de España en 1644 y fue a morir en Honda en 1654.

Fue hijo del capitán Juan de Toro y de Doña Catalina Zapata de Cárdenas, nació en la mencionada ciudad hacia 1597, fue novicio en Tunja e hizo sus primeros votos el 7 de diciembre de 1614. Figuró este hidalgo remediano entre los primeros criollos que, superando complejos y recelos antiamericanos, se formaron en el noviciado de la Compañía en Tunja y puede colegirse que fue sujeto de eminentes dotes, como en realidad lo comprueba su posterior itinerario de religioso y hombre de gobierno y de letras.

Parece —si las fechas no marran— que Juan de Toro recorrió con cierta celeridad los estudios de la carrera sacerdotal porque ya para 1620 se le encuentra misionando por diversas comarcas del Nuevo Reino y en particular por sus tierras de Antioquia.

Acompañado del Padre Vicente Imperial llegó a la noble Santa Fe de Antioquia, procedente de Santa Fe de Bogotá, en penoso viaje de cuarenta días. En el relato de la misión hay detalles pintorescos. Los clérigos de la ciudad —anotan los misioneros— salían a la plaza sin vestido talar, con pantalones bombachos, zapatos blancos, medias encarnadas y llamativas ligas. Eran los lejanos precursores de tantos muchachos de hoy y hasta de algunos clérigos de las hornadas rebeldes y de la descompuesta hodiernidad. Nada hay nuevo debajo del sol decía ya en sus días el remotísimo Salomón. Juan de Toro aprovechó esta presencia en sus tierras de Antioquia para llegarse hasta Remedios, su tierra chica, en donde cinco años antes había muerto su padre, el señor capitán, pero seguramente permanecían la madre y los hermanos.

Juan de Toro fue profesor en la Universidad Javeriana, primero en la cátedra de filosofía, después de teología y posteriormente de Sagrada Escritura. En sus días de catedrático vivió el grave conflicto y ruidoso pleito que medió entre el arzobispo Don Bernardino de Almanza y la Compañía de Jesús. El Padre Toro, y en general los jesuitas criollos, sostenían la necesidad de aplacar a su Ilustrísima y hacer las paces con él. América se contorneaba ya, limando sus criollos... Los españoles peninsulares persistían en su beligerancia ("Mis arreos son las armas, mi descanso el pelear"). Fallado el pleito por la Real Audiencia, el Padre Toro no fue partidario de que se apelase, como algunos extremistas proponían, al supremo Consejo de Indias. A él y

a los que se opusieron a esta apelación "los echaron del Colegio, repartiéndolos por diferentes casas de la Provincia". Juan de Toro fue destinado a la comunidad de Cartagena de Indias a la sazón que esta se iluminaba con las virtudes heroicas de San Pedro Claver, servidor de los esclavos y bautizador de los negros. De estos días se conservan dos relatos escritos por el Padre Toro sobre acontecimientos de la Ciudad Heroica y que constituyen notables aportaciones para la historia colonial.

En noviembre de 1642, la séptima congregación provincial de la Compañía del Nuevo Reino lo eligió Procurador ante el Padre General y ante la Corte de Madrid. Terminada esta misión de varios años fue rector de San Bartolomé en 1650 y nombrado párroco de San Bartolomé de Honda, fue a fallecer en esta ciudad ribereña del gran río en junio de 1654.

Durante la residencia en la corte de las Españas se le ofreció al jesuita indiano la oportunidad de ocupar el púlpito para cantar las alabanzas del Padre Maestro Ignacio de Loyola en la solemne fiesta que le dedicó el colegio de la Compañía.

Deslumbró al auditorio el predicador de Nueva Granada y sucedió que Don Francisco de Borja, biznieto del santo duque jesuita e hijo del presidente del Nuevo Reino, hurtó "por incentivos de admiración y cariño" los originaes del sermón compuesto por su antiguo profesor de la Javeriana en la remota Santa Fe. Y un día inesperado, impreso en Zaragoza de España en 1644, lo restituyó con bizarra dedicatoria ofreciéndolo al sargento mayor Fernando de Toro y Zapata, hermano del autor, vecino y varias veces alcalde de Santa Fe de Antioquia. Gracias a este simpático hurto los antioqueños conocemos la prosa y el estilo de nuestro primer escritor.

El sermón, en su integridad, fue reeditado en la **Revista Javeriana** de Bogotá en 1956 y es favor que le debemos al Padre Pacheco. Opina este eminente historiador que el sermón del jesuita Procurador es tal vez la primera publicación de un trabajo literario de autor colombiano.

En realidad, solamente le preceden el santafereño Bernardo de Lugo, que en 1619 publicó en Madrid su **Gramática de la lengua general del Nuevo Reino llamada Mosca** y también el momposino Juan Suárez de Mendoza, profesor de la Universidad de Salamanca, que en esta ciudad publica, año de 1640, unos celebrados **Comentarios** a la ley aquilia de los romanos, escritos en elegante latín renacentista. Antecedentes, pues, al Padre Toro un lingüista y un romanista. Posterior a ellos en el tiempo, pero primero de todos en el campo de la literatura, llega el jesuita antioqueño Juan de Toro.

La lectura del sermón ignaciano resulta sabrosa. Letrado de los días bellos del idioma, maneja un castellano limpio, con tendencias a lo culto, juega con los conceptos y los vocablos, sutaliza en las aplicaciones y busca exagerados simbolismos en los pasajes de la Escritura y en las sentencias de los Padres y Doctores.

Hay descripciones breves y vigorosas y un movimiento oratorio que se acerca al diálogo animado y que recuerda, más que la majestad caudalosa e imperial del Padre Luis de Granada, la gracia y soltura

del también dominico Alonso de Cabrera, tan famoso en sus **Consideraciones Cuaresmales** de embelesante lectura.

Muy de España y de ese momento de las letras fue el Padre Toro. En la jurisdicción de la preceptiva clásica, la que se ajusta a las normas de Quintiliano y a los supremos ejemplos de Cicerón, se mueven, dentro de la oratoria sagrada, dos escuelas distintas: la francesa y la española. Más arquitectónica y simétrica la primera, porque en la Francia de aquel tiempo —anota Cortés Lee— todo era simétrico: desde los jardines hasta las comedias; más holgada y llana la segunda, y según parece, más tradicionalmente cristiana, ya que a la forma de homilía o glosada explicación de textos bíblicos puede reducirse toda la predicación verdaderamente cristiana tal como nos fue transmitida por la antigüedad. Así Don Miguel Mir en su discurso preliminar a los sermones del Padre Cabrera.

Configurada la mente del Padre Toro en la tradición humanística de la Compañía, aunque sensible al gusto conceptista de la época, en su oratoria, como en su prosificar, es fácil advertir lo mejor y lo mediano del siglo de oro de las letras castellanas.

Pudiera suceder que en la historia general de la literatura colombiana el Padre Toro mereciera escasamente una mención, como adelantado; para la historia de las letras antioqueñas, su nombre y su obra son un hallazgo y un capítulo no desdeñable.

Reclama ahora una remembranza honorífica el Padre Matías de Tapia y Beltrán, también jesuíta, autor de un libro sobre las misiones de los Llanos Orientales y de un buen manojo de documentos que se conservan inéditos en el Archivo de Indias, en Sevilla.

Nómbrese a Matías de Tapia en las historias internas de la Compañía, no tanto como escritor cuanto como hombre de gobierno. Solo en estos días comienza a ser conocido y divulgado en su faceta de letrado e historiador gracias a las investigaciones del jesuíta José del Rey, catedrático de la Universidad Católica de Caracas.

Hacia 1650 vivía en la Villa de la Candelaria de Medellín, el licenciado Matías de Tapia Briceño, casado con Doña María Beltrán del Castillo, ambos de reconocida nobleza y bien probada cristiandad. Fue la suya una familia típicamente antioqueña por lo copioso de la prole y abundancia de vocaciones que en su seno germinaron y dichosamente fructificaron. Cuatro de los hijos fueron profesos de la Compañía de Jesús; cuatro de las hijas enclaustraron en el convento de las Monjas Carmelitas de Bogotá, de donde partieron dos a fundar el de Popayán; uno de los varones se hizo religioso agustino y otro llegó a ser canónigo de la catedral santafereña. La hija que se quedó en el siglo —como se decía entonces— contrajo matrimonio con un antioqueño de ínfulas y altas aspiraciones por nombre Marcos de Guzmán y Rivero, que obtuvo de su Real Majestad el monarca de España dos títulos nobiliarios por donde fue —que sepamos— el único paisa que se encaramó a la nobleza española como Vizconde del Portillo y Mar-

qués de San Juan de Rivera. Para que la historia quede redondeada, el padre de este levítico linaje, Don Matías de Tapia Briceño, después de enviudar, se dirigió desde la Villa de la Candelaria hasta Santa Fe de Bogotá y allí recibió la sagrada unción y paternidad del sacerdocio con la particularidad de que en su primera misa le sirvieron de diácono y subdiácono dos de sus hijos jesuitas y se la cantaron desde el coro, con voces que temblaban de emoción, tres hijas enclaustradas en el “palomarcito” de Santa Teresa.

Nos interesa ahora Matías de Tapia y Beltrán, cuyo itinerario biográfico es perfectamente conocido. Nació en la Villa de la Candelaria el 25 de octubre de 1657, ingresó en el Noviciado de la Compañía en Tunja el 29 de septiembre de 1675, estudió teología en Bogotá, fue rector del Colegio de Mérida en Venezuela hacia 1692 y cuatro años después ecónomo de la Provincia Jesuítica del Nuevo Reino. En 1702 se encuentra en Ocaña y hasta 1707 parece que misiona por los Llanos Orientales. En ese mismo año aparece como rector del colegio de Cartagena de Indias y en 1711 viaja a España como Procurador ante la Corte de Madrid, cargo en que medio siglo atrás lo había precedido al Padre Juan de Toro y que en esfera más amplia ocupara el Doctor Betancur y Figueroa.

En 1715, año en que el General de la Compañía lo destina a Tunja, publica en la ciudad de Cádiz el **Mudo Lamento** y en dicha ciudad muere el 28 de julio de 1717.

La obra del jesuita medellinense titúlase muy al gusto de la época: **Mudo lamento de la vastísima y numerosa gentilidad que habita las dilatadas márgenes del caudaloso Orinoco, su origen y sus vertientes, a los piadosos oídos de la Majestad Católica de las Españas, nuestro Señor Don Felipe V, que Dios guarde.**

El Padre del Rey, descubridor y publicador del **Mudo Lamento** es quien mejor lo ha estudiado y analizado y por tales merecimientos le debemos en Antioquia un testimonio de gratitud.

No consta que el Padre Tapia conociera un libro de título semejante, compuesto por el Padre Francisco Romero, fraile agustino del Perú, misionero ambulante, acometedor de grandes empresas y pregonero de los intereses religiosos de América ante la Real Majestad de España. Su libro, impreso en Milán en 1693, titúlase **Llanto sagrado de la América Meridional que busca alivio en los reales ojos de nuestro Católico y siempre gran Monarca, Señor don Carlos II, Rey de las Españas y Emperador de las Indias.**

¿Hubo influencia directa de escritor a escritor? No parece. Es tan solo la confianza del misionero vasallo en el rey omnipotente. Es el recurso que le queda posible y le parece más eficaz a quien evangeliza en el ambiente y bajo las ineludibles intromisiones del Real Patronato.

“Este memorial —escribe el Padre del Rey— ofrece una buena síntesis de los problemas misionales en las reducciones jesuíticas en sus más variadas dimensiones: en un estilo extremadamente nervioso y entrecortado nos ofrece el autor una serie de reflexiones que constituyen un aporte interesante para comprender la depresión histórica que va de 1695 a 1715”.

Para muestra de la prosa empleada por el Padre Tapia sirva este fragmento de la introducción: “Los obreros destinados a esta dilatada mies son tan contados que no bastan para una pequeña parte de estas vastas provincias. Y cuando el espíritu de algunos pudiera, por su más que ordinario fervor, suplir la falta de muchos, hállanse inermes para el conflicto, sin medios para el ministerio y sin expensas para la labor. Viven estas naciones en lo más fragoso de aquellas montañas, en lo más inculdo de aquellas sierras y en lo más incógnito de aquellos parajes, retirados por el horror y temor de los españoles, a las partes que les parecieron intratables a la conquista e impenetrables al valor.

“Por otra parte, contentos los españoles con lo ameno y abundante de lo conquistado, cebados en la fertilidad y en la quietud de lo poseído, dejan el descubrimiento de nuevas conquistas solo al empeño de los Misioneros que, alentados de su fervor, trañinan inaccesibles montes y destempladísimos climas, sin más resguardo en algunas partes que el fervor de su espíritu cometido a la Providencia Divina. Trabajan como fieles obreros, hasta rendir la vida como corderos, sin poderla defender por no lograr la menor defensa a su empeñada virtud”.

El Padre Tapia no intentó “hacer historia” de las reducciones, sino representar a la corona española las apremiantes necesidades de las misiones llaneras del Nuevo Reino: penuria de sujetos, inestabilidad impuesta por las incursiones de los feroces caribes, utilidad de las escoltas que facilitaban la actuación misionera y una llamada de atención hacia los agobios de la situación económica.

De paso, es verdad, el escritor antioqueño traza un breve ensayo geográfico, alude a los intentos colonizadores de la comarca ribereña del Orinoco, pincela con fraterna admiración la figura del genial misionero Padre Neira y narra el martirio de unos humildes e indefensos jesuitas a manos de una gavilla de piratas caribes. Uno de los misioneros, el Padre Ignacio Fioli, era de la isla bella de Mollorca; Gaspar Bek, alemán, e Ignacio Toebaest, flamenco. Es poco lo que en Colombia se ha escrito sobre estos héroes de la Iglesia que fecundaron con su sangre la cristiandad de nuestros Llanos Orientales; pero su sangriento testimonio fue ampliamente divulgado en Europa y particularmente en el mundo de habla holandesa en donde la muerte del gan- tés Ignacio Toebaest ha provocado abundante literatura. Hay algo más: el libro del Padre Tapia, impreso en 1715, fue traducido al neerlandés y publicado en 1716 en dos ediciones simultáneas impresas en las ciudades de Gante y Ruremond. Fue su traductor el Padre Ignacio Walkenborg, que, deseoso de emular el celo apostólico de su compatriota mártir, fue destinado a Sur América y llegado a Chile pereció en un naufragio en agosto de 1717, días después del fallecimiento del Padre Tapia. Muy pocos serán los escritores antioqueños que hayan visto la versión de sus escritos a la lengua neerlandesa.

El **Mudo Lamento** termina con una viva exhortación a Su Real Majestad Católica para que, ayudando a los misioneros jesuitas de los Llanos, sea no solo rey y señor natural, sino misionero, apóstol, y padre espiritual de los convertidos a la fe.

No pertenece el Padre Tapia —la verdad sea dicha— al coro selectísimo de los jesuitas clásicos, maestros de castellanía, al estilo de

Carlos E. Mesa, C.M.F.

La Palma, La Puente o Ribadeneyra. Es prosista fácil, de largas oraciones enhebradas, de cálido interés, que menea la péñola con intentos de persuasión e impetración y con cariño a sus antiguas misiones y a la heroica tarea de los jesuitas sus hermanos. El Padre Rivero y el Padre Gumilla, máximos historiadores de las misiones de los Llanos agostadas finalmente por la real pragmática de Carlos III, utilizaron ciertamente el escrito del Padre Tapia. Su moderna edición en el tomo "Documentos Jesuíticos", que es el 79 de la meritísima "Colección de la Academia Nacional de Historia" de Venezuela (Caracas, 1966), constituye una contribución tan nueva como preciosa a la misionología y a la literatura de Colombia y más ceñidamente de la comarca antioqueña.